

Cuestión de etiqueta. Posición, percepción y autorrepresentación del kirchnerismo en el espectro *izquierda-derecha* (2003-2015)

On political labelling. Position, perception, and self-representation of the *kirchnerismo* within the left-right continuum (2003-2015)

*Héctor Ghiretti**

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), y profesor de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Argentina. Contacto: hector.ghiretti@gmail.com.

Resumen

Surgido en el marco de la crisis social, política y económica de 2001-2002, el gobierno de Néstor Kirchner se presentó como un proyecto de unidad nacional, fundado en la recuperación del Estado como actor central. Esto implicó relegar a un segundo plano discursos de orden confrontativo. A la vez formó parte de la oleada regional de gobiernos denominados posneoliberales, a la que se calificó como un “giro a la izquierda” o “marea rosa”. En 2007 Néstor Kirchner fue sucedido en la presidencia por su esposa, Cristina Fernández, quien fue reelegida en 2011. Estos tres periodos sucesivos de gobiernos formaron un bloque histórico conocido como kirchnerismo. El propósito de este trabajo es explorar la identificación o convergencia del kirchnerismo con la identidad política de izquierda a lo largo de los sucesivos gobiernos, su radicalización ideológica, su posicionamiento respecto de otros procesos políticos en la región, la construcción de una derecha como antagonista y su posicionamiento definitivo hacia la izquierda del espectro político.

Palabras clave: América Latina, Argentina, peronismo, populismo, identidades políticas.

Abstract

Emerged after the social, political, and economic crisis of 2001-2002, Néstor Kirchner administration presented itself as a national unity government. Confrontational politics were relegated. Additionally, Kirchner government was part of the post-neoliberal wave that took place in Latin America, also called the Left Turn or the Pink Wave. After Kirchner's government, his wife Cristina Fernández won the presidential elections in 2007, and was reelected in 2011. The 12 years period formed a historical bloc called kirchnerismo. In this paper is explored the identification/convergence between kirchnerismo and the leftist political identity, its ideological radicalization, its relative position within other governments in Latin America, the formation of a rightist identity as opponent, and its final position towards the left of the argentine political spectre.

Keywords: Argentina, Latin America, peronism, political identities, populism.

Peronismo e izquierda: resistencia tradicional a la bipolaridad espacial¹

El peronismo, al igual que otros fenómenos políticos, fue un considerable desafío para la ciencia política de su época: las categorías disponibles no resultaron eficaces para reducir a análisis la pluralidad y complejidad de sus elementos, su estructura, su evolución ideológica, social e institucional (Aron, 1954: 23-24; Lipset, 1960: 152-155). Es notoria la inadecuación de la distinción izquierda-derecha como discriminador elemental de ideologías y actitudes aplicada al peronismo.

A esta inadecuación como herramienta teórica se complementa la resistencia del peronismo a adoptar en el plano de la propia identidad una alineación según estas categorías. Como sucede en muchos movimientos y fenómenos políticos que desafiaron en alguna medida la democracia parlamentaria y la cosmovisión liberal, el peronismo se definió como un movimiento que no era *ni* de izquierda *ni* de derecha, rechazando asimismo todo posicionamiento en el “centro”. El concepto de la *tercera posición* no se refiere específicamente a la distinción entre izquierda y derecha, pero la presupone en un sentido crítico alternativo.

Esa resistencia originaria, que no hizo sino ser continuidad de una cultura política reacia a las conceptualizaciones bipolares, pareció resquebrajarse cuando el peronismo fue despojado del poder y proscrito.

Las líneas internas del movimiento, libradas a una evolución remota del líder, buscaron inspiraciones ideológicas que intentaban trazar la evolución del peronismo más allá de lo que había mostrado en su fase *clásica* (Zanatta, 2009). Estos desarrollos produjeron enfrentamientos internos entre sectores más evolucionados ideológicamente y otros que decían preservar la esencia del movimiento y la subordinación al líder. La lucha entre la *izquierda* y la *derecha peronistas* nunca se dio estrictamente.

¹ El presente trabajo se desarrolló en el contexto del proyecto bienal de investigación financiado por SECTyP-UNCuyo (2014-2015): *El uso y las inflexiones de los conceptos de izquierda y derecha en la cultura política argentina. Aproximaciones desde la historia de las ideas y los conceptos* (G007).

tamente en esos términos —por ejemplo, los *montoneros* no se consideraba de izquierda (Trimboli, 1998: 44-45), del mismo modo que el peronismo verticalista o el sindicalismo tradicional tampoco se asumían de derecha— con esos conceptos, pero resultó un par categorial válido para clasificar los bandos en pugna.

Esta confrontación se intensificó hacia la primera mitad de la década de 1970, tocando el extremo de la lucha armada. La distinción entre izquierda y derecha en el peronismo pareció remitir nuevamente con el restablecimiento de la democracia, en 1983, cuando los discriminadores principales en el escenario político nacional volvieron a ser peronismo y radicalismo. Las pugnas internas en el peronismo tampoco siguieron esas líneas, de las cuales terminó imponiéndose la llamada *Renovación Peronista*. Durante los años noventa la distinción pareció despuntar nuevamente cuando los sectores del peronismo que se opusieron a las reformas políticas, económicas y sociales impulsadas por el presidente Menem, se constituyeron en una suerte de “oposición de izquierda”. Esos mismos sectores participarían del gobierno de coalición que lo sucedió en 1999.

No obstante, esa inadecuación con la que hemos iniciado no ha sido obstáculo suficiente para intentar de forma repetida la racionalización del peronismo según el espectro izquierda-derecha desde dos perspectivas que son concurrentes, en razón de sus características como fenómeno político: un movimiento de masas, configurador principal de la cultura política de Argentina en la segunda mitad del siglo XX y poseedor del principal potencial de transformación política, económica y social del país.

Por un lado, la perspectiva teórica-ideológica que intenta a la vez definir y orientar la identidad peronista según formas políticas y económicas propias de la izquierda en su acepción tradicional (más allá de las particularidades locales que se le asignan, definidas según el clásico binomio “nacional y popular”); por el otro, la perspectiva militante que se propone contribuir activamente a la progresión del peronismo en esa dirección, toda vez que es reconocido como un campo en disputa con otras orientaciones posibles.

Nos proponemos en este artículo explorar la evolución ideológica y política del kirchnerismo en términos de identificación/enrolamiento

dentro de un espectro espacial bipolar de identidades, según la percepción de analistas, dirigentes políticos, intelectuales y medios de comunicación desplegados en el discurso público.

En primer lugar, analizamos las definiciones de Néstor Kirchner como candidato presidencial según dicho espectro para después detenernos en los hitos fundamentales de su gestión. Posteriormente estudiamos el proceso de radicalización ideológica durante el gobierno de Cristina Fernández y la impugnación crítica, por parte de diversos sectores de opinión, del posicionamiento del kirchner/cristinismo hacia la izquierda del espectro ideológico. La investigación continúa con las diferentes tesis en torno al posicionamiento de los gobiernos de Kirchner y Fernández en el marco del llamado giro a la izquierda de América Latina. Particular importancia posee la preocupación de dirigentes políticos, intelectuales y comunicadores alineados con los nuevos movimientos de izquierda de identificar/instituir una oposición *de derecha*, que viniera a confirmar por contraste la construcción identitaria del kirchnerismo como izquierda. El trabajo cierra con la indagación sobre las potencialidades del kirchnerismo de constituirse en una formación política que consiga operar una alineación de las identidades políticas sobre un eje izquierda-derecha y en qué términos cabe afirmar su actual identidad de izquierda.

El peronismo de la poscrisis: distinción y convergencia con la izquierda

La profunda crisis económica, política y social que se produjo en 2001 y que provocaron la caída del gobierno de la *Alianza* tuvo como efecto una suerte de “corrimiento ideológico” en todo el país. Surgido en el marco de dicha crisis, el gobierno de Néstor Kirchner se presentó como un proyecto de unidad nacional, centrado en la recuperación del Estado como actor central, recogiendo un consenso prácticamente unánime. Esto implicó relegar discursos de orden confrontativo. En la campaña electoral y también en sus primeros años de gobierno, Kirchner evitó el discurso conflictivo, la definición/identificación de un enemigo.

Militante peronista desde sus épocas universitarias, de origen y carrera política en Santa Cruz, una provincia petrolera de la Patagonia Austral, Kirchner siguió el *cursus honorum* de todo dirigente peronista durante la década de los ochenta, sin mayores estridencias ideológicas ni despuntes de heterodoxia. Durante los noventa se incorporó de forma decidida al proyecto político del menemismo, que operó un notable giro del peronismo hacia la derecha liberal y con el que rompió una vez que empezó a perfilarse en el horizonte la candidatura presidencial de Eduardo Duhalde. Se ha intentado, con pocos argumentos convincentes, presentar al Kirchner de entonces como un político de izquierda y al *Grupo Calafate*, del que fuera parte junto con otros dirigentes peronistas disidentes del menemismo, como un núcleo de la *izquierda peronista* (Schuttenberg y Rosendo, 2015). Lo cierto es que se trataba de un grupo ideológico plural, que necesitaba definir un discurso diferenciador respecto del menemismo y que a la vez recogiera el descontento social creciente.

En este sentido parece interesante señalar que las representaciones de Kirchner como un peronista de izquierda tenían más una consistencia aspiracional, conjetural o poética que un sustento real, como es notorio en un curioso texto periodístico anterior a la formalización de su candidatura presidencial (Casullo, 2002). ¿Anticipación, profecía autocumplida o plan de ruta?

El discurso y el programa político de Kirchner en la campaña electoral de 2003 apareció en *Después del derrumbe*, un libro que publicara junto con el conocido sociólogo y politólogo Torcuato S. Di Tella con formato de entrevista (Kirchner y Di Tella, 2003). Se trata de un texto de circunstancias, de concepción apresurada y estructura algo inestable en el que la entrevista, organizada en capítulos dedicados a grandes ejes del programa de gobierno (economía, sindicatos, violencia, reforma constitucional, partidos políticos, bienestar social, educación, fuerzas armadas, política exterior, impuestos y deuda externa) se intercala con textos firmados por Di Tella, algunos al parecer producidos especialmente para el libro, otros que son reelaboraciones de textos anteriores y algunos fuera de contexto, como reseñas bibliográficas sobre libros que no se mencionan. Di Tella pretende mostrar independencia de criterio y posicionamiento crítico respecto de Kirchner.

El texto tiene un valor específico para analizar las propuestas y alineaciones de Kirchner en el marco de la distinción izquierda-derecha, pues por esos años Di Tella (2004) desarrolló una teoría que trazaba la evolución de los partidos tradicionales argentinos a un modelo dual de coaliciones enfrentadas según el espectro espacial simbólico aludido: una coalición de centroizquierda y otra de centroderecha. En el prólogo, Di Tella explicita sus vinculaciones ideológicas con el viejo tronco del socialismo argentino y también su simpatía crítica hacia el peronismo (se declara dispuesto a asumir el calificativo de peronista sólo como “adjetivo”). En su análisis, el peronismo no escapa a la crisis general de los partidos políticos que advierte en el espacio europeo y latinoamericano: “El peronismo marcó toda una etapa del país, lo transformó de arriba abajo con aciertos y con errores. Pero después de pasado su momento histórico empezó a volverse rígido, a envejecer, y hoy no es más un partido político ni una ideología, es como el Templo de Jerusalén, invadido por los mercaderes, y necesita que alguien venga con un látigo a espantarlo” (Kirchner y Di Tella, 2003: 11).

En virtud de esa simpatía —que no es identificación—, Di Tella se muestra partidario de un acercamiento entre la izquierda y el peronismo. Deja claros los términos de la entrevista: Di Tella representa a la izquierda, Kirchner al peronismo. “Otra cosa que siempre he tratado de promover es la convergencia entre una izquierda democrática (hoy puedo usar la palabra sin rubor) y un peronismo renovado. ¿Pero cuál es el peronismo renovado?” (Kirchner y Di Tella, 2003: 15).

Di Tella analiza la compleja naturaleza ideológica —a veces pletórica de contradicciones y difíciles síntesis— del peronismo y los procesos de renovación que han tenido lugar en su seno para concluir en la necesidad de una nueva síntesis, al modo en que lo hizo Perón en su momento y lo intentó Alfonsín: se trata de “apelaciones transversales” (Kirchner y Di Tella, 2003: 16): “Algo así hay que hacer hoy, formando un nuevo actor político, con sectores del justicialismo renovado y de la izquierda pragmática, más franjas del radicalismo y de los militantes católicos inspirados en lo que también en el Vaticano ha sido una renovación desde los tiempos de Juan XXIII y su Concilio Vaticano II” (Kirchner y Di Tella, 2003: 17).

Di Tella advierte que el líder que representa de forma más fiel el peronismo clásico es el caudillo puntano Adolfo Rodríguez Saá. No es categórico respecto a la identidad renovadora de Kirchner, pero lo reconoce haberse vinculado con dirigentes de esa línea interna del peronismo.

Un programa moderado y pluralista

El planteamiento de Di Tella responde a un *peronismo compatible con propuestas de izquierda* más que a un peronismo de izquierdas o de una coalición de izquierdas, aunque vaticina que “el nuevo gobierno tendrá que ser una coalición” (Kirchner y Di Tella, 2003: 17). El libro tiene una orientación ideológica a la que difícilmente pueda identificarse como de izquierda o de derecha. Es básicamente una puesta al día —en un escenario poscrisis— de los principios fundamentales del peronismo. Existe, como es notorio, un énfasis constante en la recuperación del Estado como herramienta política decisiva, particularmente en materia económica, asunto sobre el que existía un acuerdo amplio de las fuerzas políticas y la opinión pública. Esto debe conceptuarse más como un elemento de nacionalismo económico que como un rasgo específico de izquierda, puesto que no solamente *no* se plantean propuestas de nacionalización o estatización de sectores de la economía sino que se excluyen expresamente: “El Estado debe recuperar el control de los instrumentos macroeconómicos e impulsar un modelo de producción y trabajo. Ojo que no estoy diciendo que haya que renacionalizar o re-estatizar como me endilgan algunos ¿no?” (Kirchner y Di Tella, 2003: 29), excepto el caso puntual, tampoco muy desarrollado, de la línea aérea de bandera. Las estrategias en este sentido prevén un control más estricto sobre los concesionarios de los servicios públicos, industrias extractivas y empresas de energía (Kirchner y Di Tella, 2003: 37-43). Los asuntos relacionados con el medioambiente y el desarrollo humano que se generan en torno a la controvertida industria minera apenas son mencionados.

El modelo productivo de país que se promueve es básicamente exportador, de integración a los mercados internacionales (Kirchner y Di Tella, 2003: 32-36). Prácticamente no hay referencias a la necesidad de fortalecer o desarrollar un mercado interno vigoroso ni, como insistieron por esos años los economistas alineados a izquierda y resistentes a la globalización, la autarquía del “vivir con lo nuestro”. Se plantean estrategias de apoyo y promoción al complejo agroindustrial, al que califica, junto con el turístico, como un sector altamente competitivo (Kirchner y Di Tella, 2003: 33). Nada hacía presagiar un curso de colisión con el sector agropecuario como la que se dio en 2008.

En lo que respecta al movimiento sindical — asunto que puede llamar la atención en la agenda política de cualquier candidato a presidente, pero que en el caso del peronismo no lo es —, Kirchner evita todo pronunciamiento categórico sobre las formas organizativas, la función específica y las estrategias de acción de los sindicatos, aún a pesar de que Di Tella confronta en repetidas ocasiones al modelo argentino con el brasileño y da claras señales de vinculación con el liderazgo sindical de ese momento (Kirchner y Di Tella, 2003: 59-77).

Interrogado sobre cuestiones relativas a la violencia, Kirchner define el desarrollo económico, motor del trabajo digno y la seguridad social, como instrumento principal para combatirla. Se pone asimismo en un punto intermedio — pretendidamente superador — entre los partidarios del garantismo y la represión. El planteamiento dista de poder ser considerado de izquierda, puesto que no hace referencia a las relaciones de trabajo o la exclusión como causa de la violencia, ni recurre a la educación como estrategia principal de inclusión social (Kirchner y Di Tella, 2003: 81-95). Es significativa la justificación del empleo de la violencia social que ensaya para el caso de la caída del gobierno de Fernando De la Rúa (Kirchner y Di Tella, 2003: 92).

En materia constitucional sorprende el posicionamiento de Kirchner en favor de una reforma del sistema político con elementos del parlamentarismo, que modere la rigidez propia del presidencialismo que produce inestabilidad. En el marco de proyectos transformadores como son los de la nueva izquierda latinoamericana, la concentración de poderes, la subordinación del poder legislativo al ejecutivo y la

supresión de las cláusulas contrarias a la iteración de mandatos son herramientas irrenunciables. Kirchner, por su parte, se pronuncia por una reforma en sentido diametralmente opuesto (Kirchner y Di Tella, 2003: 107-109). Es llamativa la propuesta —en el marco de políticas de federalización y descentralización— de que la mala administración de los municipios se debe pagar con la quiebra. Se aplica en este caso un curioso principio de darwinismo institucional que desalienta explícitamente las políticas de aumento del gasto público y desequilibrio presupuestario (Kirchner y Di Tella, 2003: 118).

En materia de partidos políticos Kirchner se pronuncia a favor de reformas que tiendan a un tipo de organización más transparente, democrático y participativo. Hay una larga impugnación, casi canónica en la mayoría de las fuerzas políticas por esos tiempos, del menemismo, su traición al principios fundamentales del peronismo y su estrategia de sumisión al Consenso de Washington (Kirchner y Di Tella, 2003: 131-136).

En materia de bienestar social Kirchner se muestra moderado. Su argumento se centra en la conceptualización del gasto público como inversión social. La propuesta, no obstante, no se despliega en esas políticas específicas, sino en la integración territorial del país, el desarrollo de infraestructura, el aseguramiento del recurso antes de comprometer el gasto y la gestión eficiente del Estado (Kirchner y Di Tella, 2003: 151-165). Las respuestas en este tema no satisfacen mucho al entrevistador. “Di Tella: Pero Kirchner, esto no saca a la gente de la pobreza. Kirchner: -Es el primer paso, Torcuato. Porque el problema de la pobreza se va a solucionar desde las políticas económicas, no desde las políticas sociales” (Kirchner y Di Tella, 2003: 161).

El capítulo dedicado a las Fuerzas Armadas se centra principalmente en su rol de defensa y subordinación a las líneas de acción de la política exterior nacional y su completa exclusión de las mismas en tareas de seguridad interior. En este sentido, observa como rasgo muy positivo su progresiva despolitización.

También destaca la potencialidad de las FFAA como factor de apoyo y promoción del desarrollo social y científico. Kirchner advierte la necesidad de una recomposición salarial de los escalafones. Nada se

dice en torno a la reapertura de causas por delitos de lesa humanidad, o derogación de las leyes de punto final, amnistía y obediencia debida, como cabría esperarse de un programa de izquierda (Kirchner y Di Tella, 2003: 185-195).

En materia de política exterior —quizá la más decepcionante del libro y que es un sugerente presagio del notorio desinterés del kirchnerismo en el asunto— apenas se encuentra la crítica al Tratado de los Hielos Continentales con el que se resolvieron expedientes de demarcación de límites con Chile, además de unos breves apuntes sobre integración regional y la evolución del Mercosur. No hay mayores pistas en torno a una alineación de la Argentina con potencias emergentes o con bloques que desafían la hegemonía de Estados Unidos (Kirchner y Di Tella, 2003: 203-217).

Finalmente, en el capítulo sobre asuntos fiscales y financieros, Kirchner critica el carácter regresivo del sistema impositivo nacional al gravar principalmente al consumo y no a la riqueza. Se propone disminuir el peso del IVA en la estructura impositiva y potenciar la Administración Federal de Ingresos Públicos para combatir con éxito la evasión fiscal. Las consideraciones en torno al endeudamiento están lejos de cualquier énfasis antiimperialista: “No creo que el problema realmente sean los acreedores. Este tema de los ‘cucos’ me hace acordar los años 70, cuando para mi generación la culpa de todo la tenía el imperialismo y nos quejábamos de que los conservadores no nos dejaban hacer la revolución” (Kirchner y Di Tella, 2003: 234).

Como puede verse, los lineamientos generales del programa de gobierno parecen cursar sobre los cauces tradicionales del peronismo.² Dado el particular contexto es posible identificarlos con propuestas

² Sebastián Barros (2013) reconstruye las líneas que confluyen en la constitución del discurso kirchnerista. El sustrato fundamental es el del peronismo clásico, en su articulación de demandas sociales de sectores marginados. A ese sustrato se suma la tradición de la resistencia/contestación a los procesos iniciados con el Proceso de Reorganización Nacional, régimen que nace del golpe de 1976: destrucción del espacio público y reducción de la intervención estatal en la actividad económica. Otro componente es la Renovación Peronista, que avanza

de izquierda, pero resulta notorio observar que no se encuentran elementos que puedan ser atribuidos *inequívocamente* a esta identidad ideológica: no hay cuestiones de género, diversidad sexual, identidad cultural, políticas relativas a derechos humanos, derogación de las leyes de punto final, obediencia debida y amnistía y consecuente procesamiento judicial de responsables por crímenes de lesa humanidad. Mucho menos proyectos de reforma política radical o del régimen de propiedad.

Si bien es posible situar *analíticamente* al kirchnerismo hacia la izquierda de un espectro virtual que sirve para clasificar ideologías y actitudes (con las reservas ya apuntadas), o señalar un “giro a la izquierda”, que se fundaría en un “triple pacto” —consumo interno como motor de reactivación económica, políticas sociales inclusivas y soberanía internacional/regional en oposición a Estados Unidos (Natalucci, 2018: 90)— no se advierte que asuma una *identidad* de izquierda. Esta identificación ideológica, como veremos, surgirá en un momento posterior, sin que por ello sea posible afirmar sin más una convergencia entre plano analítico e identitario.

sobre la idea de una democracia verdaderamente social, integral, no meramente política o procedimentalista (como planteaba el alfonsinismo) y la evolución del peronismo hacia un esquema organizativo moderno: de movimiento a partido político. El tercer elemento es el de las demandas que surgen de la dinámica social de los noventa, en particular la de los movimientos sociales que se forman para dar voz y presencia al descontento y la protesta de los sectores excluidos por el modelo económico del menemismo (“los que perdieron”). Hay dos aspectos, no obstante, que parecen haber quedado fuera del objeto de estudio del autor y que merecerían una reconsideración en el contexto analítico que despliega. En primer lugar, la particular hermenéutica del peronismo por parte de los sectores juveniles nucleados en su vertiente revolucionaria, cuya presencia se hace explícita en el discurso de asunción de mando de Néstor Kirchner, desplazando —como señala Francisco Panizza en el análisis sobre ese texto (al que posteriormente haremos referencia)— a toda referencia sobre el peronismo. En segundo lugar, el núcleo discursivo kirchnerista que Barros advierte agudamente en torno a la “administración o gestión de la comunidad”, que está particularmente presente en el gobierno de Kirchner y el primer periodo de Cristina y que manifestaría una componente tecnocrática, derivada probablemente del menemismo.

El primer momento del kirchnerismo

En *Después del derrumbe*, Néstor Kirchner expresa una voluntad de sumar sectores ideológicos moderados en un mismo proyecto político, sin excluir prácticamente a nadie (excepción tácita del menemismo y sus aliados/continuadores políticos). Es de notar el despunte refundacionalista de su discurso.

Nosotros nos consideramos capaces de concretar la renovación del peronismo y, por ende, de todo el sistema de partidos, porque representamos la mejor historia del peronismo. Por eso estoy seguro de que en las elecciones el 27 de abril nos va apoyar una gran cantidad de sectores de la sociedad, peronistas y no peronistas. En esta tarea tienen que converger sectores honestos de la centroderecha, el centro y de la centroizquierda, porque la reconstrucción de la Argentina no se puede parcializar o sectorizar después de cuatro años, se discutirá ya el perfil de país que queremos. Chirac, Jospin y Le Pen pueden darse el lujo de discutir el perfil de Francia porque tienen una nación. Nosotros no, tenemos que empezar por la reconstrucción; es necesario discutir un programa común y volver a generar un frente nacional, popular, progresista y racional (Kirchner y Di Tella, 2003: 217).

Más adelante insiste en la idea de un proyecto de amplia convocatoria de fuerzas moderadas y resignifica el concepto de progresismo. El discurso está lejos del sustrato fundamental de la concepción populista: el conflicto como articulador central y el correspondiente clivaje entre el pueblo y sus enemigos.

Ese es el espacio que quiero protagonizar, abierto a las contribuciones de los dirigentes honestos de centroizquierda y centroderecha y a los grupos independientes que no tienen dónde expresar sus ideas y preocupaciones. Pero, pregunto: ¿qué es ser progresista hoy en la Argentina? Para algunos ser progresista significa ejercitar actitudes testimoniales, de cambio, ideologizando todos

los temas. Yo creo que el progresismo es hacer crecer un país, aumentar su producto bruto interno, mejorar la distribución del ingreso y la inversión y que sus habitantes tengan acceso al trabajo, a la vivienda, a las vacaciones anuales. Es decir, construir un país normal (Kirchner y Di Tella, 2003: 130-131).³

Con los resultados en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, en las que Menem se impuso a Kirchner pero advirtió que sufriría una derrota aplastante en la segunda vuelta a manos de su contendiente, el mapa político y la atmósfera ideológica cambiaron sensiblemente. Néstor Kirchner asumió como presidente con un exiguo apoyo electoral de poco más de 22 por ciento de los votos.

Como ha notado Carlos Altamirano (2011: 9-11), en el discurso de asunción del mando, el 25 de mayo de 2003, Kirchner hizo mención a su “generación diezmada”, revitalizando así, aunque de forma difusa, no demasiado enfática, la línea ideológica con la que se identificaba: la juventud peronista. Esta operación simbólica implicaría una relevante sustitución en el imaginario político-cultural del peronismo: el *militante* vino a ocupar el lugar históricamente asignado al *trabajador* (Wortman, 2015: 371).

³ La relación de cooperación entre Kirchner y Di Tella fue efímera. Nombrado Secretario de Cultura después de que Kirchner asumiera, Di Tella tuvo varios choques y diferencias en torno a las asignaciones del Fondo Nacional de las Artes y renunció en noviembre de 2004. <http://www.lanacion.com.ar/656507-di-tella-se-aleja-de-la-secretaria-de-cultura>. En septiembre de 2010, ya durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, fue designado embajador argentino en Italia. Visto en perspectiva, ¿qué posibilidades reales tenía esa convergencia de la que se habla en la contratapa del libro, entre una “izquierda racional” y un “peronismo decente”? Si por *izquierda racional* se entiende una izquierda moderada, institucionalista, socialdemocrática, integrada al mundo, vinculada al tronco liberal del viejo socialismo argentino, esa izquierda nunca entró en el esquema de relaciones políticas del kirchnerismo. La vinculación se dio con una izquierda nacionalista, relacionada con las formas tradicionales del populismo latinoamericano, en la actualidad remozada teóricamente con aportes de la teoría crítica y el pensamiento posmarxista. Básicamente, se trataba de los herederos de la llamada *izquierda nacional*, que nació como fruto de la interacción entre el peronismo y parte de las organizaciones e intelectuales de izquierda.

No se advierten otros elementos relevantes que hicieran presagiar un giro ideológico hacia la izquierda y/o el populismo, o más bien: los argumentos de índole populista están balanceados con pronunciamientos claros en torno a la institucionalidad, el rechazo a los liderazgos mesiánicos personalistas, el respeto a la ley y la ortodoxia económica: incluso subordinados a estos últimos. Francisco Panizza (2015) ha analizado los componentes populistas e institucionalistas de dicho discurso. Encuentra una combinación de ambos, pero mientras que los elementos populistas son particularmente vagos, difusos y poco sistemáticos, los otros son mucho más explícitos y puntuales. La “componente populista”, tal como la presenta el autor podría explicarse en razón de un contexto comunicativo particular: el argumento en torno al cambio o la refundación se debe a la profunda crisis económica política y social que precedió a su gobierno; el argumento en torno a su condición de *outsider* de la política proveniente de una zona remota del sur del país, al profundo desprestigio de la clase política; la división entre pueblo y sus enemigos (nada muy preciso, por otra parte) al señalamiento y denuncia de los responsables de la debacle. De todos modos, Panizza concluye que la deriva propiamente populista del gobierno de Kirchner es posterior a su asunción.

A la búsqueda de la legitimidad

Aunque las primeras medidas del nuevo gobierno no fueron en el sentido que se adelantaba en *Después del derrumbe*, ninguna de ellas hacía presagiar un fenómeno de radicalización ideológica. Se caracterizaron por una gran cautela y moderación. De hecho, las medidas tomadas en materia económica se ajustaron básicamente al repertorio de procedimientos ortodoxos (Novaro, 2015: 243). No obstante, la escasa legitimidad alcanzada en las urnas impulsó a Kirchner a buscar formas alternativas de consolidación simbólica.⁴ En términos ideológicos, es-

⁴ “Complementariamente, Kirchner supo trazar, desde su asunción en mayo de

tas formas alternativas deberían asumir casi forzosamente el *zeitgeist* dominante en toda la región: hacia mediados de la década ya se podía hablar de la ola de izquierda o *pink tide* en América Latina. A diferencia de otros movimientos u organizaciones políticas y sociales enroladas desde sus orígenes en la izquierda, el caso del kirchnerismo es fruto de la adaptación del peronismo a nuevas condiciones ideológicas, lo cual como se verá, resulta un factor determinante para comprender sus potencialidades de radicalización o profundización y también sus contradicciones internas.⁵

El fenómeno es bien conocido para insistir aquí en sus características principales. Pero para mostrar el punto resulta necesario distinguir acciones de gobierno o decisiones adoptadas que puedan ser identificadas como específicamente de izquierda y no propias del contraste ideológico-político del posneoliberalismo/posmenemismo. Aquí pro-

2003, una estrategia para compensar estos costos sociales con una orientación progresista en otros terrenos: la reapertura de los juicios por violaciones de los derechos humanos, el recambio de figuras desprestigiadas de la Corte Suprema; un discurso confrontativo con EEUU y Europa, y una estrategia dura en la renegociación de contratos frente a los organismos internacionales de crédito, los tenedores de bonos, las empresas privatizadas y otros grandes beneficiarios de las reformas de los noventa. Con esas banderas en sus manos, ganó aún más apoyo de la opinión progresista y permitió a muchos dirigentes provenientes del FREPASO, incluido el propio Álvarez, y de grupos aún más a la izquierda de raíces peronistas la mayor parte, incorporarse como colaboradores en su gobierno declamando que no se debía ver en ello un regreso al PJ sino el origen de una nueva coalición que trascendería las barreras partidarias tradicionales y transformaría de cuajo la política, la economía y la sociedad argentina” (Novaro, 2015: 244).

⁵ “El Frente para la Victoria, en cambio, era una fracción minoritaria de un partido tradicional que se ha caracterizado por su falta de definición en términos ideológicos, y que, incluso, había sido el impulsor de las posteriormente denostadas políticas neoliberales. Así, si bien el kirchnerismo, como sector orgánico, se inscribe teóricamente en el ‘giro a la izquierda’ esto no significó una ruptura con el PJ, una fuerza política institucionalizada y de larga trayectoria, pero marcada por la informalidad y la ausencia de estructuras burocráticas complejas. En síntesis, estas organizaciones se diferencian esquemáticamente en que el FA [Frente Amplio, de Uruguay] se tuvo que moderar para adaptarse al desafío electoral, el FPV adquirió ese perfil progresista como parte de adaptación a las nuevas circunstancias” (Gallo y Bartoletti, 2013: 84-85).

pondremos un repertorio de jalones políticos que sirven para mostrar una escalada ideológica. Los límites son, como es evidente, difusos y discutibles, pero se ha tratado de identificar los actos de gobierno y las decisiones más cercanos a una sensibilidad de izquierda.⁶

En marzo de 2004, durante el acto de conmemoración del golpe de Estado de 1976 en el Colegio Militar de la Nación, Kirchner ordenó retirar de la galería de retratos los cuadros correspondientes a los presidentes *de facto* de la Argentina y pronunció un discurso de denuncia sobre la responsabilidad política de las Fuerzas Armadas en la interrupción de regímenes democráticos y la responsabilidad penal que recaía en muchos de sus miembros por delitos de lesa humanidad.

Las Fuerzas Armadas habían sufrido un proceso de erosión institucional y presupuestaria durante toda la década de 1990, dejando prácticamente de ser un factor de poder en el escenario político nacional. Kirchner enfiló contra una institución muy debilitada por gobiernos anteriores. La continuidad de esta línea de conflicto se plasmó un año después, con la derogación de las leyes de Punto Final, Obediencia Debida e Indulto, sancionadas por los gobiernos de Alfonsín y Menem respectivamente, lo que permitió la reapertura de causas por delitos de lesa humanidad. Esto le redituó la simpatía generalizada de organizaciones de derechos humanos y agrupaciones de izquierda, además de la ampliación de su legitimación política en sectores de fuerte impacto público.

La IV Cumbre de las Américas, realizada en noviembre de 2005 y que reunió a los líderes del continente en la ciudad de Mar del Plata,

⁶ Para Gallo y Bartoletti (2013: 90) estas medidas de gobierno fueron: la exitosa negociación por la deuda externa (en la que se obtuvieron sustanciales recortes), las negociaciones colectivas y los incrementos del salario mínimo, la reforma de la seguridad social, la inversión en obras públicas, el aumento del presupuesto para educación e investigación, la reforma de la Corte Suprema y la anulación de las leyes de Punto Final, Obediencia Debida e Indulto. Para Weyland (2014: 267-269), los aspectos *democratizadores* de la gestión de Kirchner son los planes de ayuda y asistencia social mejor distribuidos y menos politizados, la ley que regula las uniones de personas del mismo sexo, la anulación de leyes que bloqueaban el procesamiento por delitos de lesa humanidad, y la reforma de la Corte Suprema.

sirvió también para escenificar la oposición de los países de la cuenca atlántica del Cono Sur a la propuesta norteamericana de ampliación del Acuerdo de Libre Comercio (ALCA). Los discursos abiertamente críticos de Kirchner hacia el presidente Bush y la política norteamericana, sumado al apoyo que prestaran las autoridades argentinas a la llamada Cumbre de los Pueblos —reunión alternativa y disidente compuesta por organizaciones sociales, personalidades de la cultura y dirigentes políticos— dejaron clara la posición argentina contraria a los supuestos proyectos de hegemonización norteamericana en el continente.

Durante los años posteriores se dieron algunos episodios que fueron acercando al gobierno de Kirchner a una posición de izquierda que excedía los modos propiamente intervencionistas del peronismo, como el caso del acercamiento político y económico al gobierno de Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia, además de los nunca bien aclarados proyectos de enrolar al peronismo en la Internacional Socialista (Kollmann, 2003; Diario Perfil, 2008).

Una medida del gobierno de Kirchner que tuvo un gran efecto en sectores altamente ideologizados de científicos y académicos fue el aumento de presupuesto para las universidades y los organismos de ciencia y técnica. Estas políticas, unidas a planes de repatriación de investigadores y también a la incursión del Estado en medios de comunicación tales como emisoras de radio y señales audiovisuales de contenidos culturales (*Canal Encuentro, Pakapaka, INCAA, Radio y Televisión Pública*), concebidas según criterios que se presentaban deliberadamente con una denominación “nacional y popular” pero que podían calificarse como ideológicamente de izquierda posicionaron claramente al gobierno a un lado del espectro de la lucha cultural.

Este “giro a la izquierda” tendría sus matices. Después de los experimentos de la transversalidad en 2003 y la concertación en 2007, con los que se buscaba captar en una coalición a sectores afines de diversos partidos, su proyecto de poder pasó a depender en medida creciente del aparato peronista, en una operación que comenzó hacia 2005 y se concluyó en 2007, reactualizando la alineación *peronismo-antiperonismo* en competencia con la de *izquierda-derecha* (Tereschuk, 2008; Novaro,

2015: 244-245).⁷ Cabe preguntarse en qué medida tales alineaciones fueron compatibles o excluyentes:

Lo cierto es que en las filas del kirchnerismo se planteó una puja y un debate a este respecto entre dos estrategias que, aclaremos, no eran necesariamente excluyentes entre sí. Una, que denominaremos transformista, apuntaba a utilizar las condiciones de la coyuntura en función de conservar para el peronismo la representación de la mayoría electoral y de una coalición de apoyo suficientemente amplia para canalizar los intereses de los grupos sociales con mayor poder de presión sobre las decisiones de gobierno. La segunda estrategia, que cabe llamar rupturista, se proponía reorganizar el campo político en dos coaliciones antagónicas, una progresista y otra conservadora, y suponía que el paso previo decisivo en este camino era el quiebre del peronismo o bien la exclusión de grupos peronistas tradicionales que debían ser forzados a competir electoralmente con el gobierno como parte de una nueva oposición identificada como “la derecha” (Novaro, 2015: 245-246).

Esa puja parecía responder a una articulación propia del oficialismo: el peronismo que consideraba al kirchnerismo como una estrategia de adaptación y hegemonía dictada por las circunstancias y el kirchnerismo como proyecto independiente, que buscaba trascender y desbordar al peronismo, aprovechándose de él.

⁷ El autor explica hasta qué punto los sectores de izquierda se resentieron de tales operaciones políticas del kirchnerismo. Gallo y Bartoletti explican que tal alineación se dio paralelamente a la incorporación del sindicalismo tradicional al esquema de alianzas del kirchnerismo, lo que supuso un conflicto en las relaciones con el sindicalismo alternativo y también con los movimientos sociales, lo que derivó en una reconfiguración de tales apoyos (Gallo y Bartoletti, 2013: 90-91).

Segunda fase y radicalización: kirchner-cristinismo

El núcleo discursivo del kirchnerismo se ha revelado durante su desarrollo como una identidad dinámica, sujeta a transformaciones, modulaciones, incorporaciones y eliminaciones de elementos ideológicos y simbólicos, nuevas jerarquizaciones de componentes, traslación de énfasis y sentido entre los mismos: más propios de ajustes en función de necesidades dictadas por el pragmatismo que de un diseño ideológico primordial. Es difícil precisar una configuración ideológica *canónica* del kirchnerismo, a pesar de los valiosos intentos realizados en ese sentido.

Una sustancial transformación pudo verse a partir de 2007, con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Fue el conflicto por el nuevo sistema de retenciones fiscales a las exportaciones agrícolas, entre marzo y junio de 2008, el que impactó de una forma directa y sensible en sectores medios y cultos fuertemente ideologizados, que vieron a un gobierno librando una *batalla clásica* contra un enemigo secular: la llamada *oligarquía terrateniente* (resulta irrelevante a los efectos del presente trabajo analizar si esta categoría sociopolítica tiene aún vigencia). El gobierno de Cristina Fernández aparecía como un protagonista decisivo en la lucha contra los tradicionales dueños del poder y los enemigos del pueblo. Existieron asimismo transformaciones de contexto que influyeron en el proceso de radicalización ideológica y discursiva del gobierno.

Cuando cambia el discurso en términos de alianzas y soportes, también se generan cambios en el plano cultural y simbólico. Así, en un contexto de debilitamiento de la situación económica que comienza a marcar sus gobiernos en relación con la etapa que atravesaron los años de NK, se produce cierta “radicalización” del discurso de CFK, no tanto en el contenido sino en el modo más agresivo de interpelar a los llamados factores de poder invocando viejas antinomias, como cuando se dirige a las corporaciones del agro o a corporaciones financieras. Si NK les hablaba a todos, CFK actualiza —en momentos de crisis— lecturas dicotómicas

Cuestión de etiqueta. Posición, percepción y autorrepresentación del kirchnerismo en...

de la realidad, características de los primeros gobiernos peronistas y de los discursos de Eva Perón (Wortman, 2015: 375).

Dicho conflicto, generado a partir de la llamada *Resolución 125*, quebró a su vez la estrecha relación del gobierno nacional con los medios hegemónicos de comunicación (en razón de su alineamiento con los productores y asociaciones agropecuarias afectadas por el nuevo sistema) lo cual acentuó la orientación del kirchnerismo hacia la izquierda, al emprender desde ese momento una lucha contra las grandes empresas de comunicación, a través de varias formas: persecución judicial de sus dueños con causas relacionadas con supuestos delitos de lesa humanidad, reducción sustancial de la publicidad oficial en esos medios, creación de multimedios de comunicación alternativos alineados con el gobierno y finalmente la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, con la que se buscó desarticular la posición dominante y concentrada del grupo Clarín.⁸ Esta nueva situación sirvió como factor catalizador de sectores sociales que prestaron su adhesión al kirchnerismo, como el de las organizaciones juveniles. Estos conflictos fueron configurando un esquema agonístico que le dio coherencia ideológica a su proyecto político.

La amplificación que el kirchnerismo hizo de las potencialidades de esta “nueva juventud”, heredera de un legado interrumpido por el terrorismo de Estado, tuvo un fuerte eco en diversos espacios sociales, políticos y fundamentalmente culturales. De esta manera la cuestión de los derechos humanos, de sus organizaciones y movimientos (como Madres de Plaza de Mayo y la orga-

⁸ En *Después del derrumbe* apenas puede encontrarse una brevísima referencia a los medios de prensa en connivencia con intereses económicos. “En la Argentina hay un *establishment* económico con apoyo de algún sector periodístico que nos hizo creer que si no gestionaban el Estado los sectores liberales y neoconservadores era imposible gobernar. Y eso es una gran mentira” (Kirchner y Di Tella, 2003: 251). Evidentemente Kirchner no está refiriéndose al grupo Clarín, que nunca ha profesado una línea ideológica demasiado rígida. El primer medio que enfrentó a Kirchner, como bien se sabe, no fue *Clarín* y su conglomerado comunicativo, sino *La Nación*.

nización juvenil HIJOS) y la reivindicación de la militancia (vía el enaltecimiento de la llamada “juventud maravillosa”, de los Montoneros y de la JP, y de su continuadora La Cámpora) como base política, constituyeron los fundamentos de inclusión de las clases medias en el proyecto político de esta nueva forma de peronismo. Así, lentamente el kirchnerismo logró que la idea de progresismo, de raigambre republicana, liberal y socialista, fuera incorporada a esta nueva fuerza política. La militancia se presenta como transgresora y antiinstitucional y vuelve a alimentar la idea de movimiento sobre la que se funda la existencia del peronismo (Wortman, 2015: 373-374).

Precisamente durante este año se produjo una aproximación hacia el kirchnerismo de sectores identificados con la izquierda: fue el caso de *Carta Abierta*, un colectivo de destacados intelectuales de orientación progresista o socialista que se conformó para dar un expreso apoyo al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. También se acercaron periodistas que habían mantenido hasta entonces una posición crítica.

Hacia fines de 2008 se inició una serie de estatizaciones: en septiembre se aprobó el proyecto de reestatización de la empresa Aerolíneas Argentinas-Austral y en noviembre le tocó el turno a las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), apoyados sobre un consenso social y de opinión creciente. Estas estatizaciones distaron mucho de formar parte de un programa definido de intervención en el aparato productivo o financiero. Respondían en realidad a impulsos imperiosos de financiación (Weyland, 2014: 177; Gerchunoff y Llach, 2018: 562-565).

En el plano sociocultural, el proyecto de ley de modificación del Código Civil para permitir el matrimonio de personas del mismo sexo, impulsado por el oficialismo a principios de 2010, dio satisfacción a una demanda presente entre los sectores y organizaciones de izquierda. Como sucedió con las estatizaciones, el gobierno lo presentó como una justa aspiración largamente postergada a la que se le daba satisfacción, pero su motivación real obedecía a una lógica de revancha contra la Iglesia Católica argentina, a la que le atribuía maniobras para evitar una reforma constitucional que permitiera la reelección presidencial indefinida.

La reelección de Cristina Fernández, en noviembre de 2011 por un abrumador porcentaje de 54 por ciento de los sufragios confirmó el rumbo ideológico y político. Las dificultades de financiamiento público, puestas en evidencia al poco tiempo de iniciar el segundo mandato, impulsaron al gobierno a reestatizar Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), la mayor empresa del país. La decisión fue justificada ideológicamente en términos de reafirmación del nacionalismo económico, con un discurso que se derivaba claramente de la antigua *Izquierda Nacional* más que de la más antigua tradición del nacionalismo o del forjismo.

Las vinculaciones con las naciones del bloque bolivariano, que constituían la vanguardia de la izquierda continental en el poder, no hicieron sino fortalecerse.

De hecho, esas tentaciones parecen ser más fuertes durante los últimos años porque Hugo Chávez y sus compañeros en Bolivia, Ecuador y Nicaragua han dado ejemplos “exitosos” y han diseñado un script para la imitación (la reforma constitucional, etc.). Además el antineoliberalismo y los crecientes controles gubernamentales dan protección contra presiones económicas externas; y el nacionalismo revitalizado garantiza cierta inmunidad contra las demandas de la comunidad internacional, especialmente de los Estados Unidos, los autoproclamados principales defensores de la democracia en el hemisferio occidental (Weyland, 2014: 182).

Un notorio revés en este proceso de identificación con los regímenes de la izquierda populista latinoamericana fue el fracaso en el intento de forzar una reforma constitucional que habilitara a la reelección indefinida. La imposibilidad de alcanzar los dos tercios necesarios en el Congreso Nacional en las elecciones intermedias de octubre de 2013 terminaron con un proyecto que hubiera acercado a la Argentina al régimen político de los gobiernos bolivarianos.

Con posterioridad al revés electoral mencionado, Cristina Fernández acentuó su identidad de izquierda al designar como Ministro de Economía a fines de 2013 a Axel Kicillof, un investigador y catedrático vinculado al pensamiento económico heterodoxo, keynesiano y marxista. Durante la gestión de Kicillof aumentó sustancialmente la intervención

del Estado en la actividad económica, a través de restricciones, controles e implementación de instrumentos financieros, que tuvieron como efecto una fuerte recesión, unida a un proceso inflacionario de una magnitud desconocida en la Argentina de las últimas décadas.

Como último episodio en esta saga de izquierda del kirchnerismo puede mencionarse el conflicto con los fondos de inversión que se resistieron a aceptar las propuestas de canje de deuda de 2005 y 2007: presentados como agentes del capitalismo global y del imperialismo, los llamados *fondos buitres* han permitido al gobierno argentino dramatizar una lucha por la soberanía económica que a pesar de desarrollarse en una escala reducida y con efectos discutibles en el futuro económico del país, ha sido presentada como otra batalla clásica contra el poder de las finanzas internacionales y los centros mundiales de poder.

En una legitimación *ex post*, Eduardo Jozami ha intentado explicar la discontinuidad entre el discurso de Néstor Kirchner previo a las elecciones de 2003 y la política desarrollada por él y su sucesora a lo largo de 12 años como una estrategia de sigilo y reserva, destinada a no levantar resistencias ni recelos en los centros de poder, respecto del vasto programa de transformación que ya albergaba *in pectore* (Jozami, 2015: 15). Lo cierto es que ni los antecedentes políticos e ideológicos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández parecen concurrir en apoyo de esta tesis, ni tampoco la propia dinámica de las medidas y políticas implementadas durante sus gobiernos: no puede verse más que una secuencia de medidas que no responde a un plan maestro (algo que debería mostrar Jozami) sino a un continuo ejercicio de oportunismo, sobre el que puede observarse —en algunos aspectos— una tendencia a la radicalización, muy explicable por la repetición de una fórmula exitosa durante tan extensa permanencia en el poder.

Una exclusión que duele: la ansiada membresía del kirchnerismo en el *club* de la izquierda latinoamericana

Desde que se iniciara este proceso de deriva ideológica del kirchnerismo, buena parte de sus militantes, funcionarios, comunicadores e inte-

lectuales buscaron insertarlo en un cuadro continental de resurgimiento de la izquierda. Deliberadamente se buscó posicionar a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández entre el elenco de naciones latinoamericanas que habían optado por el camino de la nueva izquierda, apartándose decididamente del esquema neoliberal.

En ese sentido pueden citarse el trabajo de José Natanson (2008), periodista y politólogo de larga trayectoria en medios oficiales u oficialistas del gobierno nacional, que intentó trazar la evolución ideológica del kirchnerismo, convergente a su juicio con los gobiernos de izquierda de la región. Por su parte Juan Manuel Abal Medina, también politólogo y por entonces Secretario de Gabinete y Gestión Pública del gobierno de Cristina Fernández, destacaría en un tono fuertemente oficialista el posicionamiento del kirchnerismo hacia la izquierda del espectro político, al igual que otros países de la región:

Los problemas de cada país son muy distintos, y las fuerzas que los gobiernan tienen sus especificidades locales, pero no es casual que partidos del centro a la izquierda del arco político gobiernen hoy en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Venezuela y otros países de la región. En el caso argentino, los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández han vuelto a situar al peronismo de este lado del espectro político (Abal Medina, 2009: 86).

Pero si se atiende a otros autores que se han ocupado del fenómeno de la izquierda latinoamericana el panorama es ciertamente diferente. En primer lugar no parece existir demasiado consenso, entre autores que no son argentinos ni simpatizan con el kirchnerismo, de la pertenencia de este último a los gobiernos de izquierda de la región. Autores de claro posicionamiento ideológico que se han ocupado de la llamada tercera ola de la izquierda latinoamericana ni siquiera mencionan a los gobiernos de Kirchner y Fernández. Es el caso de Roberto Regalado (2008) y Elvira Concheiro Bórquez (2008). Tampoco lo considera en esos términos Nils Castro, cuyo libro ha sido publicado en Argentina pero en el cual las referencias al kirchnerismo como fenómeno de izquierda sólo aparece en los textos de sus prologuistas (Castro, 2012: 13-20).

Autores que se ubican en posiciones críticas tampoco parecen dispuestos a incluir al kirchnerismo en la nueva izquierda latinoamericana. No aparece en el estudio sobre la izquierda en América Latina de Ugo Pipitone (2015), ni en el volumen editado por Jorge Castañeda y Marco Morales: en el capítulo firmado por Morales sobre el viraje a la izquierda en los países de la región, apenas se lo define como una “alianza de izquierda” pero con fuertes apoyos del electorado del centro y la derecha (2010: 55).

En este elenco de autores particular interés reviste el análisis de James Petras y Henry Veltmeyer, quienes en 2009, desde una perspectiva marxista y revolucionaria analizaron en detalle y con indicadores similares las características de los regímenes de izquierda en cuatro países: Argentina, Bolivia, Cuba y Venezuela. Según este descarnado estudio los países que pueden considerarse en la senda del socialismo y la revolución son Cuba y Venezuela. Petras y Veltmeyer son particularmente duros con el gobierno de Néstor Kirchner, a quien acusan de mantener los privilegios de la renta financiera, sostener el empleo en condiciones precarias y la propiedad privada de empresas estratégicas, desarticular y desalentar los movimientos sociales y las fábricas autogestionadas, continuar con las condiciones de trabajo previas, con sus consiguientes relaciones de clase y desigualdades en el ingreso, priorizar el pago anticipado de una deuda externa de legitimidad dudosa, consolidar una estructura social clientelar fundada en los planes sociales que desmovilizó el descontento y perpetuó la precariedad, y desarrollar políticas económicas que perjudicaron con su tendencia inflacionaria la remuneración de los trabajadores.

Por otro lado, ni el crecimiento económico, ni la estabilización política, ni la desmovilización de la protesta social que se verificaron durante el gobierno de Kirchner, se debieron a la implementación de políticas alternativas, sino a las condiciones internacionales del intercambio: “ninguno de estos resultados económicos puede atribuirse a las políticas de la ‘centroizquierda’ ni a la presión proveniente de los movimientos sociales”. El gobierno de Cristina Fernández no auguraba orientaciones en un sentido diverso: es definido como “neoliberalismo pragmático” (Petras y Veltmeyer, 2009: 69-74).

En el extremo opuesto, con una caracterización vaga, dispar y en ocasiones arbitraria (en la medida en que se aplican criterios menos rigurosos de análisis aumentan las posibilidades de incluir al kirchnerismo en esta categoría; por otra parte, la configuración ideológica de los gobiernos de Bolivia y Venezuela resultan cualitativamente diversos a la que se realiza del gobierno argentino), aparece el panorama trazado por Arturo Fernández, que le asigna un lugar al kirchnerismo entre los gobiernos de la nueva izquierda latinoamericana. (Fernández, 2013: 17-35). Una excepción a esta mayoría de autores no argentinos que no sitúan al kirchnerismo entre los regímenes de izquierda, cuya perspectiva es particularmente valiosa por lo temprano de su análisis, es el politólogo uruguayo Francisco Panizza (2006), que identifica rasgos propiamente de izquierda en el kirchnerismo, aunque esos rasgos, como ya se ha explicado, sean los mismos que cabe atribuir a un peronismo posmenemista, en su versión “restaurada” a partir del gobierno de Duhalde. El centro de atención del análisis del autor está en la naturaleza populista del kirchnerismo, mientras que su identidad izquierdista parece darse por supuesta.

Un análisis de izquierda sobre la pseudoizquierda kirchnerista

Esta progresiva identificación con la izquierda desde el poder trae no pocos problemas. En movimientos que nacen con una identidad de izquierdas bien definida, el acceso al poder siempre implica una crisis que se deriva del choque de los principios o la ideología con la realidad del poder. Una izquierda en el poder es “menos izquierda”. Si por izquierda cabe entenderse un complejo de *actitud e ideología*, en el que la actitud se define como rechazo del orden político-institucional, y la ideología recibe una configuración —no necesariamente excluyente— de carácter igualitario y/o libertario (Ghiretti, 2006: 752), una izquierda configurada *desde* el poder que desarrolla su conciencia específica desde esa circunstancia —es decir, después de que ha con-

seguido el poder— no puede sino incurrir en no pocas paradojas y contradicciones.

En este sentido, es lícito preguntarse hasta qué punto esta identificación con la izquierda es propia de los círculos de decisión más encumbrados del kirchnerismo. Tal como se ha podido ver con otros casos de la región (Diario *Ámbito Financiero*, 2003; Noriega 2006; Esnal, 2006,) y suele suceder al menos desde los tiempos de Lenin, quien ocupa el centro del poder rehúsa posicionarse en la izquierda. Parece ser más propio de sectores radicalizados, ideologizados o grupos intelectuales.

En vista de las profusas contradicciones y contrastes de la acción del gobierno kirchnerista y paralelamente a su presunta radicalización ideológica, diversos sectores políticos, periodísticos y académicos formalizaron un discurso en el que se impugnaba su deriva desde posiciones y valoraciones desde la izquierda.

No nos referimos a las previsibles críticas provenientes de la izquierda socialista, revolucionaria o de tradición marxista en sus diferentes versiones (Castillo, 2011), sino a impugnaciones de sectores que podrían situarse en una izquierda académica moderada o la cultura democrática de izquierdas.

En esta línea se encuentran las más comunes y difundidas, que ven en el kirchnerismo una péfida maniobra de mimetismo de la vieja derecha, que trasuntada en izquierda consigue unos resultados en materia de concentración de poder político y económico, a los que no podría aspirar si se presentara con su verdadero rostro. Es la tesis algo simplista —puesto que supone una izquierda eterna o ideal, cerrada en sí misma y libre de toda dinámica del poder— del conocido jurista Roberto Gargarella (2013).

Tales argumentaciones, con mayor o menor sofisticación, son comunes entre periodistas y comunicadores de perfil crítico que provienen de la cultura de izquierdas: es el caso de los periodistas Alfredo Leuco (2015) y Jorge Lanata (2013), que insiste en la idea de que el kirchnerismo “habla para la izquierda pero gobierna para la derecha”. Con variaciones mínimas y apenas mayor articulación es el argumento de Alejandro Katz (2013). También el Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel (2015) se ha pronunciado en términos parecidos.

Otras críticas apuntan a la insuficiencia de las transformaciones sociales operadas por el kirchnerismo. Gallo y Bartoletti reconocen las mejoras económicas y sociales llevadas a cabo por el gobierno del Frente para la Victoria, pero niegan “una alteración sustancial de las relaciones estructurales del poder; ni tampoco una profundización de la democracia tal que implicara que los amplios sectores, otrora postergados, devinieran protagonistas activos de los nuevos proyectos de transformación” (Gallo y Bartoletti, 2013: 114).

Las razones de las limitaciones del proyecto de izquierda del kirchnerismo se encontrarían a la vez, según las autoras citadas, tanto en la índole *adaptativa* de su discurso y acción como en la sustancial dependencia electoral del aparato partidario peronista y del apoyo del sindicalismo tradicional.

El planteamiento más sutil en torno al rol instrumental/accesorio del componente de izquierda en el kirchnerismo es el de Kurt Weyland, que lo caracteriza como una continuación del peronismo y, en consecuencia, una forma de populismo en sus dos dimensiones, pero orientado hacia la izquierda:⁹

- a) una *conceptual-discursiva*, que lo presenta como un régimen que realiza la voluntad popular de manera directa, sin mediaciones institucionales ni articulaciones del poder (al menos en lo que hace al di-

⁹ *Populismo* (como elemento endógeno) e *izquierda* (como elemento exógeno) son dos núcleos conceptuales (difusos) que se han trabado en una relación teórica desde una época que puede remontarse en el ámbito latinoamericano (y bajo otras denominaciones) por lo menos a la segunda década del siglo XX. Recién adquirió un estatuto científico regular a partir de mediados-fines de la década de 1960, cuando proliferaron los intentos, por parte de analistas y científicos políticos vinculados a un pensamiento de izquierda todavía fuertemente condicionados por el marxismo, por explicar al populismo en sus diversas expresiones continentales. Un breve pero agudo estudio de las principales tesis (de segunda generación) puede encontrarse en Barros (2014). Desde la perspectiva fuertemente crítica de un José Aricó que analiza el *Bolívar* de Karl Marx y la tradición que se deriva de su pensamiento para el continente (*Marx y América Latina*), Barros observa las regularidades y las limitaciones del pensamiento de izquierda para comprender y explicar el fenómeno populista y la formación de la identidad sociopolítica de los sectores subalternos.

seño liberal-republicano: para la concepción populista reside en ellas el poder de las élites egoístas y corruptas), renovando la democracia y (de paso) mimetizando la centralidad del líder;

- b) otra de orden *político-institucional*, que revela su verdadera índole: concentración del poder en manos del líder, autoperpetuación, debilitamiento de las instituciones públicas y de las organizaciones de la sociedad civil.

Para este autor es precisamente la dimensión conceptual-discursiva la que permite la vinculación entre populismo e izquierda:

Obviamente este tipo de definiciones habilita la asociación entre el populismo y la izquierda y destaca su espíritu participativo, igualitario y anti-jerárquico. Es una visión desde abajo hacia arriba, *from the bottom up*. El pueblo, como actor principal, toma la política en sus propias manos y, con acciones bastante contenciosas, conquista parte del poder político, y una proporción justa de los beneficios del desarrollo, combatiendo a las élites excluyentes. Es un populismo contestatario, izquierdista, incluso radical (Weyland, 2014: 165).

Pero en este doble plano del populismo, que podríamos redefinir como *ideología y práctica*, su verdadera naturaleza reside en esta última, o como la llama el autor, el orden político institucional. El orden ideológico es funcional o subordinado al práctico y —puesto que se conocen diferentes configuraciones ideológicas del populismo— accidental: “La perpetuación del liderazgo personalista es el núcleo de la lógica del populismo. Y es el punto central que diferencia al populismo de la izquierda, porque significa que una persona es decisiva y no un programa político o proyecto ideológico” (Weyland, 2014: 174).

Para el autor, izquierda y populismo poseen múltiples puntos de choque: causa o programa *versus* persona, voluntad general *versus* voluntad individual del líder, participación autónoma desde abajo *versus* liderazgo descendente. Por esa razón esas relaciones no pueden ser demasiado francas ni sinceras.

Dadas estas diferencias, la colaboración entre el populismo y el izquierdismo nunca resulta una relación de amor, sino meramente en un matrimonio de conveniencia, motivado por consideraciones pragmáticas e instrumentales. En el fondo, cada lado quiere utilizar al otro para sus propios fines. La izquierda programática, que ha sido débil en el sistema partidario de muchos países de América Latina, incluso en la Argentina, necesita al líder populista para alcanzar el poder; el líder populista moviliza el apoyo de las masas que los izquierdistas no consiguen convencer con sus promesas programáticas (Weyland, 2014: 174).

Según Weyland, no existe compromiso serio del líder populista con la ideología o el proyecto político de la izquierda, de los cuales hace una manipulación utilitaria, al igual que de sus militantes, a los que usa de tropa de choque para atacar a los llamados poderes fácticos (Weyland, 2014: 175).

Una perspectiva similar puede verse en el estudio de Novaro sobre las relaciones entre populismo e izquierda en el marco del kirchnerismo: “en varios terrenos las políticas kirchneristas se volvieron más y más incompatibles con una agenda de izquierda” (Novaro, 2015: 248-249). Se menciona el progresivo control sobre la prensa y los medios de comunicación, el objetivo de sojuzgamiento del Poder Judicial al Poder Ejecutivo y las políticas económicas de crecimiento a través de desequilibrios inflacionarios, mayores controles y medidas progresivas de intervención estatal en la economía, todo esto llevado a cabo con un explícito discurso anti-empresarial y antimercado.

Lo cierto es que ninguno de estos elementos aleja sustancialmente al kirchnerismo de la izquierda. Apenas lo distingue (y no totalmente) de cierta izquierda democrática, liberal y moderada, que Novaro observa en la trayectoria de muchos líderes, grupos y organizaciones posteriores al gobierno militar y que, incluso en sus objetivos de modernización, habían adherido al peronismo en su versión menemista (Novaro, 2015: 249-250). Una izquierda prácticamente diluida en los partidos mayoritarios. El fracaso de esta izquierda, evidenciada en la crisis de 2001, habría activado a otra, que se quedó en las luchas y los afanes

de principios de los setenta y a la que la coyuntura no le fue favorable sino hasta entonces:

En la economía, en derechos humanos, en política exterior y en el más esencial terreno del respeto de los procedimientos republicanos se extendió así un rápido y radical retroceso del sentido común de izquierda a favor de las posiciones más tradicionales, conservadas por aquellos que habían vivido críticamente y desde un cierto ostracismo las experiencias de Alfonsín, la renovación, Menem y el frepasismo (Novaro, 2015: 249-250).

Surgiría así —siempre según Novaro— una izquierda revisionista (en el sentido histórico y político) esencialmente compatible y complementaria con la tradición populista, en su doble vertiente: sus planteamientos conflictivistas y su desafecto por las instituciones liberales y republicanas. Las características del kirchner-cristinismo que según Novaro lo alejan de la izquierda, en realidad son básicamente compatibles con una izquierda que —al menos en los papeles— se propone cambios sustanciales en la estructura social y política y, por lo tanto, debe barrer con la libertad de expresión, la división de poderes y los márgenes de discrecionalidad de los diversos actores económicos: cada uno de ellos un obstáculo sustancial a su proyecto transformador.

El curioso “sentido común de la izquierda”, tal como lo denomina Novaro, prescribe precisamente todas estas medidas, y no la adaptación invariable y automática a la que parece obligada esa izquierda moderada y regresiva, en aparente tránsito de disolución. De ese modo, estrictamente hablando, la disyuntiva no sería entre una izquierda *mejor* o *peor* (Natanson, 268; Gallo y Bartoletti, 2014: 82-83), sino como parecen sostener Weyland y Novaro, entre una izquierda *falsa* y otra *verdadera*.

El asunto así planteado elude la discusión sobre las tradicionales dificultades que presenta la aplicación y el uso de la distinción izquierda-derecha en América Latina en general (Ghiretti, 2020) y las adaptaciones que es necesario hacer para emplearla como categoría válida de análisis o como formas sustantivas de identidad política en la región.

La invención de la derecha

Explica Novaro que en la Argentina de la poscrisis se operó un significativo corrimiento ideológico:

Mientras tanto, lo cierto es que las izquierdas argentinas gozaron en los años que siguieron [a la crisis de 2001] un ciclo de auge simultáneo tanto en el kirchnerismo como en la oposición. En parte, consecuencia de la legitimación de los valores de izquierda impulsada por los Kirchner en la escena política. Con todo, difícilmente se podía derivar de ello la superación de los problemas históricos de identidad, ideología, consistencia programática y fortaleza organizativa de las izquierdas argentinas (Novaro, 2015: 247).

Ese desplazamiento del centro de gravedad ideológico tuvo como consecuencia la deslegitimación de la ideología dominante durante la década de los noventa, conocida como neoliberalismo (Panizza, 2008: 1-10), y con ella la cuasiextinción de la “derecha posible”, de naturaleza predominantemente económica:

Si bien es cierto que Néstor Kirchner y Cristina Fernández son criticados con frecuencia por los partidarios de épocas pasadas (que intencionadamente confunden firmeza en la defensa de ciertas posiciones con orgullo o “malos modales”), también es cierto que las posturas extremadamente libremercadistas, que se habían vuelto un sentido común hegemónico en la década de los noventa, hoy prácticamente no tienen cabida. Inclusive, quienes reclaman la reducción de impuestos a los estratos más altos de la escala social tratan de evitar en sus discursos públicos cualquier asociación con el neoliberalismo, el Consenso de Washington y las figuras domésticas de esta corriente. Sin ir más lejos, dirigentes históricamente vinculados con la derecha hoy sostienen que sus modelos a seguir son presidentes de izquierda, como Ricardo

Lagos o Lula Da Silva. La derecha económica ha perdido credibilidad (Abal Medina, 2009: 85).

El kirchnerismo intentó activar una nueva polaridad con la que se buscaba superar (independientemente de la realidad de los aparatos y las identidades de su base electoral) el venerable clivaje centrado en el peronismo, dejando sectores peronistas disidentes en la oposición y a la vez captando sectores no peronistas ideológicamente compatibles con su proyecto de gobierno.

En buena medida, la reforma electoral, conocida como Ley de Democratización de la Representación Política, la Transparencia y la Equidad Electoral, que establecería el mecanismo de Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) respondería a este intento de formar coaliciones opuestas.

Estas precarias coaliciones, a falta de rotulaciones ideológicas alternativas, más o menos precisas, se irían configurando en términos de izquierda y derecha, favoreciendo “las chances de que la fuerza oficialista pudiera posteriormente apelar al ‘voto útil’ antiderechista, dado el consenso generalizado refractario a esta última orientación mencionada” (Gallo y Bartoletti, 2013: 100).

¿Hasta qué punto se trataba de una nueva polarización que tenía sustento en las identidades políticas existentes? Al caracterizar la base electoral del Frente Amplio en Uruguay, Gallo y Bartoletti apelan a conceptos no solamente socioeconómicos, sino también culturales e ideológicos. En el caso del Frente para la Victoria la descripción adopta criterios estrictamente socioeconómicos y geográficos. Resulta más difícil vincular al Frente para la Victoria con un electorado de izquierda (Gallo y Bartoletti, 2013: 100).¹⁰

Este proyecto de reconfiguración ideológico-identitaria, ¿era consciente y deliberado?, ¿en qué medida se trató de un expediente determinado por las circunstancias? En tanto se avanzó en la construcción

¹⁰ El análisis de las autoras sobre las diferencias entre las identidades políticas argentinas y uruguayas se veía en buena medida esclarecido por las diferencias que Panizza (en la línea propuesta por Jorge Castañeda) establece entre la configuración de los gobiernos de izquierda en cada país: *socialdemócrata* (y mejor

de esa nueva polaridad se hizo imprescindible —en conformidad con esa lógica binaria, bien conocida y descrita—¹¹ el contraste con una identidad de derecha. Por las razones antes dadas, la constitución propia o heterónoma de esta identidad posee dificultades no solamente derivadas de la lógica específica de la distinción izquierda-derecha (y que fueron observadas ya a mediados de la década de 1930),¹² sino también epocales, aunque su necesidad parece hacerse sentir, por diferentes razones, en todo el horizonte de las izquierdas latinoamericanas.¹³ Y los problemas para identificarlas o constituir las parecen ser, asimismo, regionales: la “ausencia” de la derecha es propia también de países como

centrada en el eje izquierda-derecha) en caso de Uruguay, *populista* (y problemática para el eje izquierda-derecha) en la Argentina (Panizza, 2006: 10-15).

- ¹¹ “La distinción entre una derecha y una izquierda es siempre una iniciativa de la izquierda, tomada por la izquierda en provecho de la izquierda: para derribar a los poderes o para apoderarse de ellos. Existe una derecha, por otra parte asombrada de serlo, y consintiéndolo mal, en la medida en que una izquierda se forma, se opone a ella. Es así como comienzan las cosas o recomienzan, y no en sentido inverso. Los que instauran o vuelven a poner en circulación el juego derecha-izquierda se sitúan ellos mismos a la izquierda, delimitan una derecha para combatirla y para excluirla” (Madiran, 1981: 7). La izquierda da a luz a su adversario irreconciliable, la derecha, que pasa a ser todo aquello que no es de izquierda: “el origen de la derecha —sostiene Ernst Nolte— siempre reside en el desafío de la izquierda” (Nolte, 1966: 261-262).
- ¹² Es casi invariable la resistencia de los sectores de derecha de definirse en términos del eje derecha-izquierda: “Lorsqu’on me demande si la coupure entre partis de droite et partis de gauche, hommes de droite et hommes de gauche, a encore un sens, la première idée qui me vient est que l’homme qui pose cette question n’est certainement pas un homme de gauche” (Alain, 1934: 67).
- ¹³ En un análisis sobre el conjunto de los llamados gobiernos posneoliberales de América Latina se hace referencia a un progresivo “amesetamiento” de la dinámica de reformas y transformaciones socioeconómicas de tales regímenes y una consecuente moderación de las originarias expectativas de torno a la progresión hacia *el socialismo del siglo XXI*, estabilizándose en un régimen capitalista moderado por la intervención estatal centrada en estrategias distributivas. Paralelamente se menciona la emergencia de una “nueva derecha” que combina “populismo securitario, liberalismo cultural y una cara social” (Stefanoni, 2014: 4-5). La pregunta es hasta qué punto esta emergencia de la nueva derecha no está determinada estratégicamente, en el ámbito de la propia izquierda, por la pérdida progresiva de las referencias a la pasada década neoliberal que han dado sentido y cohesión a este conjunto de regímenes. La reactivación de la izquierda

Brasil, Venezuela o los de Centroamérica (Livingstone, 2014: 24-35). La *necesidad* de una derecha articulada y autoconsciente no solamente es percibida en sectores afines ideológicamente a esta entidad (Asís, 2015a, 2015b). También lo es en sectores del kirchnerismo y en ámbitos ideológicos más amplios (Fernández, 2010: 203-233; Forster, 2016),¹⁴ simpatizantes con los postulados de izquierda, tanto políticos como académicos que, deliberada o explícitamente, demandan un ajuste de las identidades políticas argentinas al esquema espacial bipolar. Tal demanda puede verse en el estudio de Adriana Gallo, sobre la renuencia de los sectores identificados como de derecha en la Argentina a asumir esa identidad, presentándose como agentes políticos ajenos a la política y desprovistos de condicionamientos ideológicos (Gallo, 2008).¹⁵ En estos ámbitos, más que un estudio o análisis de los sectores que podrían ser considerados como de derecha —el otro— frecuentemente subyace un reclamo o impugnación contra estos, por no definirse tal como la pre-

latinoamericana puede no venir, como pide Stefanoni, de la “apertura a nuevas formas de hacer política” (que se está revelando como algo complejo) sino a la reedición, en un formato actualizado, del viejo adversario.

¹⁴ Alberto Fernández, Jefe de Gabinete del gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner hasta 2008 y actual presidente de la nación, asumió la defensa y custodia del kirchnerismo original, contra lo que juzgaba una deriva o desviación del mismo a partir del gobierno de Cristina Fernández. El libro es básicamente una crítica a esa desviación pero posee un último capítulo dedicado a “la derecha argentina”, identificándola con Mauricio Macri y su partido. El autor insiste en la idea de la derecha acomplejada, avergonzada de serlo. Fernández está alineado contra esas posiciones de derecha, pero en ningún momento se define como de izquierda, prefiriendo presentarse como demócrata y progresista. Desde una identidad política que rechaza la calificación de “izquierda” reclama la autoidentificación de la derecha.

¹⁵ El análisis parte de presupuestos teóricos cuestionables de los que sólo mencionaremos los relevantes para este trabajo. En primer lugar, desconoce la doble imputación de la distinción izquierda-derecha: como *identidad* y como *categoría de análisis*. Eso le hace arribar a conclusiones erróneas, porque la aplicación como categoría analítica no siempre se corresponde con una identidad autoasumida: máxime para el caso de la derecha, cuya resistencia a definirse como tal *no* es una característica exclusiva de la “subvariante” argentina sino de la derecha en general, como ya se ha explicado, y es un rasgo bien documentado desde la década de 1930 en Europa. En segundo lugar, asume que la distinción izquier-

ceptiva de distinción izquierda-derecha demanda. Hay una deliberada *constitución* de otro, según los parámetros ideológicos propios (Schuttenberg, 2014).

Tanto la ausencia de una derecha bien definida, como es el caso del gobierno de Mauricio Macri (Ghiretti, 2017; Diario *La Nación*, 2019), como la naturaleza híbrida del propio kirchnerismo, en el que algunos componentes esenciales provienen de la antigua estructura política y la concepción ideológica del peronismo tradicional, dificultan la progresión a identidades de izquierda y derecha más depuradas. Tales contradicciones están en el origen de las “facciones de izquierda” dentro de la estructura del kirchnerismo (Torino, 2013) como la *juventud kirchnerista de izquierda* (<http://jkdeizquierda.blogspot.com>).

El kirchnerismo como posible discriminador de una simetría bilateral

Una de las derivaciones menos exploradas de la centralidad del peronismo como identidad y cultura política es que no solamente *se resiste* a una reducción identitaria en términos de izquierda y derecha sino que adicionalmente *impide* toda configuración en esos términos al resto de las identidades políticas. En la actualidad, esas identidades sólo minoritariamente se definen como antiperonistas: más bien son variaciones más o menos animosas del no-peronismo.

Entonces ¿qué posibilidades tiene el kirchnerismo de constituir un nuevo clivaje que supere al peronismo? El dilema ha sido planteado

da-derecha es un descriptor ideológico universal, desconociendo que hay culturas políticas en las que tales identidades son ajenas o secundarias/subordinadas, como es el caso de Argentina: es una ausencia identitaria, no meramente “organizacional” (Gallo, 2008: 295). Finalmente identifica *política* con *ideología*, por más que en la conclusión del trabajo intente distinguirlas (Gallo, 2008: 306) arribando a tesis muy discutibles: es el caso de la notoria incompreensión de la índole esencialmente *práctica* de la política, la idea de la despolitización *vía* desideologización o encriptamiento ideológico y las curiosas derivaciones *totalitarias* que la autora observa en los sectores de la derecha liberal.

explícitamente y con urgencia militante por Eduardo Jozami, intelectual orgánico del kirchnerismo. La notoria reminiscencia con las discusiones sobre la naturaleza del peronismo de finales de los años cincuenta, como fenómeno político en sí mismo o destinado a ser trascendido por un proyecto transformador, no parece casual: “¿Es el kirchnerismo un nuevo movimiento popular, una etapa política diferenciada del tronco peronista, el embrión de un proyecto emancipatorio que aún espera su plena realización? O, por el contrario, ¿la fuerza que gobierna la Argentina desde 2003 terminará por ser absorbida como una variante más del justicialismo? Este es el principal interrogante que plantea la sucesión presidencial de 2015” (Jozami, 2015: p. 9).

La cuestión clave parece residir no solamente en la emergencia de una identidad nueva, superadora del peronismo, sino también lo suficientemente relevante como para operar como discriminador primario de las identidades políticas. En este sentido es de particular importancia el análisis que hiciera Ernesto Laclau de la evolución del kirchnerismo entre los años 2010 y 2013. Enrique Peruzzotti ha distinguido tres argumentos principales en su concepción del kirchnerismo como *populismo atenuado* o equilibrado con elementos institucionalistas. El primero es “una limitación de la estrategia discursiva del kirchnerismo, que no construye un claro enemigo alrededor del cual se pueda promover un proceso de polarización populista” (Peruzzotti, 2015: 397-398).

Lo que quisiera ver es una interpelación más fuerte a los sectores populares por parte del Gobierno. Porque presentar una especie de catálogo de medidas progresistas está muy bien, pero eso no es suficiente. Esas medidas progresistas tienen que ir cristalizándose a través de eslóganes y símbolos que vayan presentando una división radical de la sociedad. Como lo hicieron eslóganes del pasado como Patria o coloniaje, o Braden o Perón: ese tipo de cosas es la que todavía está faltando para poner las cosas blanco sobre negro (Laclau, 2009).

El segundo, de mayor entidad, alude a “los problemas que el kirchnerismo enfrenta en sus intentos de articular verticalmente a los nuevos actores y formas de protesta en una nueva ‘transversalidad’ que supere las

limitaciones de la clásica matriz peronista” (Peruzzotti, 2015: 398), la articulación entre el Gobierno, los movimientos sociales y el aparato del Partido Justicialista.

Hay que volver a ganar a ciertos sectores que se han abierto. Porque sería muy malo que el kirchnerismo se redujera a la cocina interna del PJ y que una serie de sectores que estaban impulsando un proceso de cambio con la idea de la transversalidad en sus varias dimensiones empiecen a desgranarse y a abrirse. Entre otras cosas porque si se reduce el kirchnerismo a una línea interna del Partido Justicialista, los barones del PJ lo van a traicionar en la primera de cambio (Laclau, 2009).

El tercer argumento es probablemente el más denso y sustancial en términos analíticos reduciendo a los anteriores a motivos secundarios o accesorios.

En opinión de Laclau la Argentina se caracteriza por la existencia de un sistema político y una sociedad civil institucional y socialmente densos y complejos, que la diferencian de otros casos de la región, como Venezuela, donde la política populista se vio favorecida por un medio ambiente mucho más propicio. En el contexto argentino las interpelaciones del líder se enfrentan con una pluralidad de mediaciones que conspiran contra el intento de establecer una unificación simbólica basada en significantes simples y ambiguos (Peruzzotti, 2015: 400).

En el caso de Argentina, Laclau observa una forma intermedia entre populismo e institucionalismo, matizada respecto de su definición de populismo.

Si en la Argentina se creara un marco institucional relativamente consensual como un proceso —no como algo que se dé de antemano— en el que hubiera una fuerza de centroderecha y otra de centroizquierda que crearan el eje del sistema político, con elementos aberrantes, marginales que va a haber en los extremos,

pero sin posibilidades de influir en la situación política más fundamental, entonces se podría llegar a un sistema como el existente en Brasil, es decir, se podría llegar a un sistema institucional estable. Eso no lo veo imposible (Laclau, 2010).

Laclau no solamente señala las limitaciones objetivas de la configuración populista en su encarnadura argentina, sino que además su esquema de equilibrio populista-institucionalista retrotrae sus tesis a las que definieran originariamente al populismo como un fenómeno propio de los procesos de modernización. A mayor complejidad social, más formas de mediación diferenciadas y menos posibilidades de configurar a la sociedad en esquemas populistas. En definitiva, la formación de consensos, la institucionalización es el *terminus ad quem* de la configuración identitaria y la dinámica del populismo.

El kirchnerismo no logra dividir en dos la sociedad, no puede instalar un clivaje alternativo al (o superador del) peronismo: el propio Jozami (2015) oscila entre el deseo, la impostación y el reconocimiento de identidades opuestas a partir del kirchnerismo en forma confrontativa, y la atribución de la constitución de esas mismas identidades a los enemigos del kirchnerismo. En este sentido se muestra como una forma de populismo incompleta, puesto le impide trazar continuidades como proyecto de poder. La incapacidad para concebir una sucesión en el poder que trascienda el liderazgo personalista de Cristina Fernández obligó al kirchnerismo a buscar continuidad política entre los liderazgos del aparato tradicional del Partido Justicialista. La designación de Daniel Scioli como candidato oficialista para las elecciones presidenciales de 2015 postergó la emergencia de un candidato del kirchnerismo hegemónico, ya que la aspiración a una *pureza ideológica* resultaba impropia de un proyecto real de poder (Laclau, 2009), obligando a su bloque político a un incómodo apoyo electoral y a la virtual obediencia a un candidato de centroderecha, fuertemente vinculado con el menemismo y a la antigua estructura territorial del peronismo, que seguramente operaría, en caso de triunfar, una marginación de esa izquierda con vocación de poder que pareció constituirse con la formación del kirchnerismo.

Las necesidades electorales del kirchnerismo no parecen ayudar a esta decantación de la propia identidad en términos de una izquier-

da emergente y autoconsciente. Es lo que señalaba Marcelo Leiras al analizar las alternativas estratégicas del oficialismo para las elecciones presidenciales de 2015: difícilmente consoliden las alternativas electorales dominantes en términos de izquierda-derecha (Leiras, 2015). Si las complejas mediaciones le han impedido avanzar en una configuración populista, el kirchnerismo se ve preso del aparato peronista, que lo termina reduciendo a una forma histórica más, sometida a las oscilaciones ideológicas que lo caracterizan. En todo caso, *es la centralidad el peronismo como identidad y cultura dominante*, y no el kirchnerismo en su impotencia, el factor decisivo que impide (hasta el momento) una reconfiguración de las identidades políticas en un eje izquierda-derecha.

Conclusión: la izquierda posible

Mucho se ha discutido en torno a la validez de la distinción espacial bipolar para clasificar diferentes escenarios políticos. Es cierto, por un lado, que tal como se explicó previamente, la distinción izquierda-derecha no parece particularmente apta para ser aplicada al escenario político argentino. No obstante, al ser empleada activamente como elemento de identidad y autorrepresentación de una parte sustancial de los actores políticos nacionales, resulta necesario definir en qué términos es posible hablar de una alternativa real de izquierda en el país.

Por un lado, resulta evidente que deben dejarse de lado las organizaciones históricas de izquierda, de tradición socialista, revolucionaria o de línea ideológica marxista, por tener una participación marginal, tanto entre la militancia como en las preferencias electorales. Por otro lado, el espacio de la izquierda en su vertiente liberal-socialdemócrata ha sufrido serias limitaciones al momento de ejercer el poder. El conflicto ha sido bien descrito por Novaro, al trazar las trayectorias enfrentadas del populismo y la izquierda desde el surgimiento del peronismo.

Tal parece que la única posibilidad de que un proyecto de izquierda pueda hacer pie como alternativa de poder en la Argentina es a través de un respaldo organizativo y electoral del peronismo. Este respaldo no es, como puede suponerse, ideológicamente neutral ni incondicional.

El peronismo es un fenómeno fuertemente transaccional entre sectores sociales y corporaciones bien diversas, no siempre integrantes del sistema político, que modera o atenúa cualquier proyecto de gobierno que se proponga transformaciones sustanciales.

¿Qué izquierda posible, entonces, para Argentina, una sociedad compleja con demandas diferenciadas articuladas en relaciones transaccionales? La respuesta se parece bastante al kirchnerismo *realmente existente*. Se trata de una izquierda fuertemente limitada por las condiciones de la estructura de poder y la cultura política, sometida a contradicciones y tensiones internas. ¿Qué rasgos podrían atribuírsele?

En primer lugar, un modelo económico basado en el sector primario con posibilidades de desarrollar un sector de servicios más o menos vigoroso. La *izquierda posible* en Argentina no parece estar en condiciones de modificar la matriz productiva del país. Tampoco de alterar las relaciones de producción ni las de propiedad vigentes. En segundo lugar, un modelo político limitado a las instituciones liberales-republicanas y constreñido también por una sociedad civil no muy vigorosa pero sí lo suficientemente fuerte como para bloquear experimentos constitucionales radicales de concentración del poder. En tercer lugar, un modelo social poli-clasista basado en la distribución de recursos de corte asistencialista-clientelar, pero sin capacidades estructurales de fomentar una auténtica movilidad social. Finalmente, cierto margen como para operar transformaciones en el ámbito de la cultura y la educación (género, minorías, familia) siempre dentro de la tolerancia de una cultura burguesa urbana y tardo moderna.

En las condiciones actuales, una izquierda posible como proyecto de poder difícilmente podrá trascender los límites que le imponga su única base electoral y organizativa posible, el peronismo. Esos límites son mucho más rígidos que lo que los sectores no peronistas del kirchnerismo (nucleados estructuralmente en el conglomerado denominado *Unidos y Organizados*, que inevitablemente se posicionan a la izquierda del movimiento: no hay tal cosa como un “kirchnerismo de derecha”) parecieran querer. Más allá de las anticipaciones fallidas y algunos puntos discutibles en su análisis, la definición de Ernesto Laclau en torno al kirchnerismo como la *izquierda real* en Argentina sigue teniendo vigencia (Laclau: 2011). Es la izquierda real porque es la izquierda posible.

Se trata por tanto de una izquierda *subsidiaria*, forzada a la moderación y a las transformaciones limitadas, con escaso margen de maniobra, que difícilmente pueda constituirse, junto a una virtual derecha emergente, en el clivaje principal. El discurso de la ex presidente Cristina Fernández muestra claramente la relación ambigua del kirchnerismo con la izquierda.

Yo no creo, sinceramente que el mundo contemporáneo, hoy les decía a los pibes recién en el otro patio, que no me van a escuchar decir discursos con olor a naftalina, discursos de la izquierda, la derecha, qué izquierda ni derecha. Además, para los que me quieran correr por izquierda, les notifico que a mi izquierda, ¿saben qué hay? La pared nada más, viste. A mí que no me vengan a correr por ahí (Fernández de Kirchner: 2014).

Por un lado invalida la distinción entre izquierda y derecha para acto seguido situarse a la extrema izquierda. Por otro descalifica toda disidencia de izquierda, acusándola de ser funcional la verdadera oposición al gobierno, situada a la derecha. Se cierra el interrogante sobre la divergencia entre el plano analítico y el identitario: el kirchnerismo no *es* la izquierda, pero *está* a la izquierda.

Bibliografía

- Abal Medina, J. M. (2009). Argentina. Un gobierno que recupera la voluntad política. *Metapolítica*, 13 (65), 83-87.
- Alain (seud. de É. Chartier) (1934). *Propos de politique*. París: Rieder.
- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Aron, R. (1954). *L'opium des intellectuels*. París: Calmann-Levy.
- Asís, J. (2015a). La culposa extinción de la derecha. Recuperado de <http://www.jorgeasisdigital.com/2015/07/23/la-culposa-extincion-de-la-derecha/>.
- Asís, J. (2015b), La radicalización del centro. Recuperado de <http://www.jorgeasisdigital.com/2015/03/26/radicalizacion-del-centro/>.

- Barros, S. (2013). Notas sobre los orígenes del discurso kirchnerista. En J. Balsa. *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo* (pp. 31-46). Buenos Aires: Pensamiento Crítico.
- Barros, S. (2014). Populismos, izquierdas y baremos. Ponencia presentada en las I Jornadas *Estado, Populismo y Democracia en América Latina. Para una gramática plebeya*. Buenos Aires.
- Castañeda, J. G., y M. A. Morales (2010). *Lo que queda de la izquierda. Relatos de las izquierdas latinoamericanas*. Ciudad de México: Taurus.
- Castillo, C. (2011). *La izquierda frente a la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires: Planeta.
- Castro, N. (2012). *Las izquierdas latinoamericanas en tiempos de crear*. Buenos Aires: UNSAM.
- Casullo, N. (2002). El hombre que venía. *Página/12*. Publicado originalmente el 11 de mayo de 2002, republicado el 14 de noviembre de 2010. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-156842-2010-11-14.html>.
- Concheiro Bórquez, E. (2008). Lucha por la emancipación: situación de las izquierdas en América Latina. *Viento del Sur. Revista de debate político y social*, (8), 7-42.
- Di Tella, T. S. (2004). *Coaliciones políticas. ¿Existen izquierdas y derechas?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Diario *Ámbito Financiero* (2003). Lula: “no me etiqueten de izquierdista”. 28 de agosto. Recuperado de <https://www.ambito.com/mundo/lula-no-metiqueten-izquierdista-n3238858>.
- Diario *La Nación* (2019). Técnicamente el gobierno de Mauricio Macri es de centro izquierda, opinó un investigador del CONICET. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/politica/tecnicamente-gobierno-mauricio-macri-es-centroizquierda-opino-nid2228356>.
- Diario *Perfil* (2008). Ahora el kirchnerismo quiere un PJ socialista. 27 de febrero. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/politica/Ahora-el-kirchnerismo-quiere-un-PJ-socialista-20080227-0010.phtml>.
- Esnal, L. (2006). Lula dijo que la edad lo hizo abandonar la izquierda y abrazar el centro. *La Nación*, 13 de diciembre. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/lula-dijo-que-la-edad-lo-hizo-dejar-la-izquierda-y-abrazar-el-centro-nid867063/>.
- Fernández, A. (2010). *Pensado y escrito. Reflexiones del presente argentino y dilemas de una sociedad fragmentada*. Buenos Aires: Ediciones B.

- Fernández, A. (2013). Los movimientos sociales en la coyuntura actual latinoamericana. Nueva proyección política. En A. Fernández (comp.). *Rasgos y perspectivas de a nueva izquierda en América del Sur. Partidos políticos y movimientos sociales* (17-35). Rosario: Homo Sapiens.
- Fernández de Kirchner, C. (2014). Saludo a los militantes en Casa de Gobierno. Palabras de la Presidenta de la Nación. 14 de agosto. Recuperado de <http://www.casariosada.gob.ar/informacion/discursos/27821-saludo-a-los-militantes-en-casa-de-gobierno-palabras-de-la-presidenta-de-la-nacion>.
- Forster, R. (2016). *La repetición argentina. Del kirchnerismo a la nueva derecha*. Buenos Aires: Marea Editorial.
- Gallo, A. (2008). El discurso político de la centroderecha argentina o la anulación de la alteridad izquierda-derecha. *Revista SAAP*, 3 (2), 287-312.
- Gallo, A., y J. Bartoletti (2013). Partidos de gobierno en la era progresista. Tensiones adaptativas y organización interna. Los casos del Frente para la Victoria y el Frente Amplio. En A. Fernández (comp.). *Rasgos y perspectivas de a nueva izquierda en América del Sur. Partidos políticos y movimientos sociales*. Rosario: Homo Sapiens.
- Gargarella, R. (2013). De la izquierda posible a la derecha real. *La Nación*. 13 de agosto. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1611944-de-la-izquierda-posible-a-la-derecha-real>.
- Gerchunoff, P., y J. Llach (2018). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*. Buenos Aires: Crítica.
- Ghiretti, H. (2006). *El concepto de izquierda como categoría política*. Tesis doctoral. Pamplona: s/e.
- Ghiretti, H. (2017). Los disfrazados. ¿Macristas de izquierda? *La Voz del Interior*. 17 de enero. Recuperado de <https://www.lavoz.com.ar/numero-cero/los-disfrazados-macristas-de-izquierda>.
- Ghiretti, H. (2020). Un traje incómodo. Hipótesis histórica sobre la (fallida) presencia y uso de la distinción política izquierda-derecha en América Latina. En R. L. Velasco Barba, (coord.). *La forja de México: a doscientos años del surgimiento de una nación política*. Ciudad de México: Eunsa-UNAM.
- Jozami, E. (2015). *El futuro del kirchnerismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Katz, A. (2013). *El simulacro. Por qué el kirchnerismo es reaccionario*. Buenos Aires: Planeta.

- Kirchner, N., T. S. Di Tella (2003). *Después del derrumbe. Teoría y práctica política en la Argentina que viene*. Buenos Aires: Galerna.
- Kollmann, R. (2003). Del peronismo a la vieja Internacional Socialista. *Página/ 12*, 22 de octubre. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-27129-2003-10-22.html>.
- Lanata, J. (2013). Empieza el postkirchnerismo. *Clarín*, 12 de agosto. Recuperado de http://www.clarin.com/politica/Lanata-Empieza-post-kirchnerismo_0_973102800.html.
- Lipset, S. M. (1960). *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Laclau, E. (2009). Hay que poner las cosas negro sobre blanco. Entrevista de Juan Salinas. Recuperado de <http://artepolitica.com/comunidad/“hay-que-poner-las-cosas-blanco-sobre-negro”-ernesto-laclau-para-revista-zoom/>.
- Laclau, E. (2010). Populismo e institucionalismo. Universidad Nacional de Rosario, 26 de mayo. Recuperado de <http://www.unr.edu.ar/noticia/2611/populismo-e-institucionalismo-por-ernesto-laclau>
- Laclau, E. (2011). La real izquierda es el kirchnerismo. *Página/12*, Buenos Aires, 2 de octubre. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-178005-2011-10-02>.
- Leiras, M. (2015). La difusa ideología de los partidos. *Le Monde Diplomatique*, abril. Recuperado de <http://www.eldiplo.org/index.php/archivo/190-una-campana-a-la-derecha/la-difusa-ideologia-de-los-partidos/>.
- Leuco, A. (2015). Cristina, de izquierda a derecha. *Los Andes*, 21 de abril. Recuperado de <http://www.losandes.com.ar/article/cristina-de-izquierda-a-derecha>.
- Livingstone, G. (2014). El conservadurismo avergonzado. *Le Monde Diplomatique*, mayo-junio.
- Madiran, J. (2018). *La derecha y la izquierda*. Buenos Aires: Iction.
- Natalucci, A. (2018). La gramática movimientista durante el giro a la izquierda: el caso de Argentina. *Revista de Sociología*. 33 (1), 88-103.
- Natanson, J. (2008). *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*. Buenos Aires: Debate.
- Nolte, E. (1966). Germany. En H. Rogger y E. Weber. *The European Right. A Historical Profile*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

- Noriega, C. (2006). Entrevista a Ollanta Humala. No soy de izquierda ni de derecha. *Página/12*, 4 de abril. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-65164-2006-04-04.html>.
- Novaro, M. (2015). Izquierda y populismo en la política argentina. En A. R. Lazzeretti y F. M. Suárez (coords.). *Socialismo & democracia*. Mar del Plata: EUDEM.
- Panizza, F. (2006). *La marea rosa. Análisis de conjuntura OPISA*. Río de Janeiro: Observatório Político Sul-Americano–Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro IUPERJ/UCAM, agosto.
- Panizza, F. (2015). Populism, Social Democracy and the Tale of Two Lefts in Latin America. En A. Spanakos y F. Panizza. *Conceptualising Comparative Politics*. Nueva York: Routledge.
- Pérez Esquivel, A. (2015). Nosotros no luchamos para esta mediocridad. *El País*, 23 de octubre. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/23/argentina/1445595244_525476.html.
- Peruzzotti, E. (2015). El kirchnerismo y la teoría política: la visión de Ernesto Laclau y Guillermo O'Donnell. En C. Gervasoni y E. Peruzzotti (coords.). *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*. Buenos Aires: Debate.
- Petras, J., y H. Veltmeyer (2009). *Espejismos de izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Lumen.
- Pipitone, U. (2015). *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Taurus.
- Regalado, R. (2008). *Los gobiernos de izquierda en América Latina*. Ciudad de México: Oceansur.
- Schuttenberg, M., y J. P. Rosendo (2015). El kirchnerismo antes del kirchnerismo. Aproximaciones ideológicas en los albores del gobierno de Néstor Kirchner. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (5), 63-80.
- Schuttenberg, M. (2014). La oposición al kirchnerismo. Una aproximación a los posicionamientos y reconfiguraciones de la “centro derecha” (2003-2011). *Sudamérica*, (3), 51-74.
- Stefanoni, P. (2014). La lulización de la izquierda latinoamericana. *Le Monde Diplomatique*, mayo-junio.
- Tereschuk, N. (2008). La centroizquierda, en el laberinto kirchnerista. *El Día*, 2 de marzo. Recuperado de <https://www.eldia.com/nota/2008-3-2-el-centroizquierda-en-el-laberinto-kirchnerista>.
- Torino, M. (2013). Entrevista a Pablo Ferreyra. Si hay un kirchnerismo de izquierda es porque hay uno de derecha. *El Cronista*, 30 de septiembre.

- Recuperado de: <https://www.cronista.com/economiapolitica/Pablo-Ferreyra-Si-hay-un-kirchnerismo-de-izquierda-es-porque-hay-uno-de-de-recha-20130930-0033.html>.
- Trímboli, J. (1998). Entrevista a Martín Caparrós. En *La izquierda en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial.
- Weyland, K. (2014). Izquierdismo, populismo y democracia en la Argentina kirchnerista. En M. Novaro (ed.). *Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja*. Buenos Aires: Edhasa.
- Wortman, A. (2015). La construcción simbólica del poder kirchnerista. Continuidades y rupturas en la producción de imágenes y significados del peronismo. En C. Gervasoni y E. Peruzzotti. *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*. Buenos Aires, Debate.
- Zanatta, L. (2009). *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires: Sudamericana.

Recibido: 31 de agosto de 2020

Aceptado: 23 de noviembre de 2020